

Entrevista a David Trueba, director de cine

Por **Mar Padilla**, coordinadora de la campaña 'Positive Generation'



“Hay que hablar de los problemas desde la vitalidad”

Generosamente, David Trueba ha rodado para MSF el documental *Positive Generation. Voces por un futuro sin sida*, enmarcado en la campaña global del mismo nombre. Su pieza, rodada en Zimbabue, quiere dar a conocer la actitud valiente y luchadora de muchas personas que tienen el virus, que reciben tratamiento y que combaten la enfermedad ayudando a los demás a través de la música. Periodista, cineasta y novelista, Trueba (Madrid, 1968) charla un rato con nosotros.

¿Qué es lo que te decidió a aceptar la aventura de ir a rodar a Zimbabue un documental sobre el sida?

Lo primero que convence es quién te hace la proposición, y a mí MSF me da total confianza. También ayudó que conocía el proyecto documental anterior, *Invisibles*. Sabía que había funcionado bien, aunque esto de *Positive* es una cosa menos ambiciosa, pero te sientes inmediatamente involucrado. Hay que decir también que para mí África es un sitio al que siempre hay que ir. Cualquier excusa es buena. Vuelves con las pilas cargadas. Ir a África, siempre, siempre es una experiencia memorable.

Todo viaje genera expectativas que muchas veces no se cumplen. ¿Cómo fue? ¿Transcurrió cómo habías imaginado?

Bueno, fue duro. Tuvimos poco tiempo, porque había que grabar muchos coros en apenas una semana. Además, estaba prohibido viajar por la noche, por lo que teníamos que rodar con la luz del sol muy alta y eso complicaba el trabajo. Por ejemplo, no tenías la luz preciosa del atardecer porque tenías que volver. Pero la verdad es que imaginaba que iba a ser más incómodo. Estaba todo bien organizado. Fue bastante tranquilo y lo pasamos muy bien.

¿Qué aprendiste?

Para empezar, había muchos elementos médicos que desconocía. Por ejemplo, no sabía hasta qué punto podía ser problemático el contagio del VIH de madres embarazadas a sus bebés, porque es algo desconocido en Europa. Ni tampoco sabía que, a su vez, también pudiera ser tan sencillo eliminar ese contagio. Aquí es donde es demoledora nuestra inacción o la falta de recursos de ellos. Estamos hablando de una línea entre la vida y la muerte. Una línea clarísima, nada sutil. O se tiene tratamiento y se vive, o no. También comprobé, una vez más, que las dificultades hacen a la gente más dura y, a la vez más amigable y vital, y no lo contrario, lo que siempre es una sorpresa agradable dentro de una situación tan terrible.

Como cineasta, a la hora de afrontar el documental ¿reflexionaste sobre qué enfoque darle a la enfermedad?

Lo que me marcó y definió mi trabajo fue que, nada más llegar a Zimbabue, resulta que las personas que iba a filmar acababan de ver un reportaje en el que hablaban de ellas, y encontraron que el tono era desesperanzador, triste. Una de las mujeres que estaba allí se interesó

en saber si era yo el que iba a hacer el documental para MSF y, al contestarle que sí, me preguntó con una sonrisa de oreja a oreja: "¿Tú me ves triste?". Yo le contesté que no. "Pues entonces no me saques triste", me pidió. Y así he tratado de hacerlo. Esta idea, además, ya estaba presente al principio de todo el proyecto de *Positive Generation*. Todo lo que se podía poetizar sobre el dolor y la amargura era una trampa, un enfoque a evitar. Hay que hablar de los problemas desde la vitalidad, en este caso, desde la música. Es más eficaz.

Entre otros intereses, tú disfrutas mucho de la música e incluso has llegado a componer varias canciones. ¿Qué te impresionó de este aspecto del proyecto?

Lo primero que te llama la atención en África es la capacidad musical de su gente. Es impresionante descubrir lo que siempre hemos sabido: la complejidad y riqueza de su música. Es la cuna de todo. A eso hay que añadir que buscan todo menos la lírica. Las letras de sus canciones son informativas, en un papel parecido al del trovador en la época medieval o los pregoneros, que lo que hacían básicamente era cantar las leyendas y sucesos, y también contar la información. Es una forma muy atractiva de hacerlo.

Parte de la labor de MSF es tratar de explicar a la sociedad lo que vive gente a la que asistimos, con todas sus complejidades. ¿Crees que el documental es un buen instrumento?

Hay un problema con los medios de comunicación: se han convertido en contenedores de pildoritas, de titulares, y uno no se entera de nada porque hay muchas cosas que no se pueden resumir en un titular. Solo se presta atención a las crisis humanitarias cuando ya es demasiado tarde, cuando hay un número de muertes o víctimas desproporcionado. Las televisiones también han renunciado a informar en profundidad, se ha perdido la cultura del documento informativo. En este sentido el documental es una solución, aunque muchas veces, desgraciadamente, solo puede hacerse a partir de iniciativas privadas.

¿Y cómo ves el futuro de los medios?

La realidad mediática es muy compleja. Y yo tengo el privilegio de ver su funcionamiento desde ambos lados de la barrera: por uno soy periodista y colaboro en medios y, a la vez, estoy al otro lado cuando presento un libro o una película. Y eso me ha llevado a la conclusión de

que los periodistas son más responsables de lo que nos hacen creer pero, por otra parte, también hay una cierta dejación por parte de otros. El periodista debe buscar generar la información que no se ofrece, la foto que nadie ha hecho, pero no lo hace. El resultado es que la prensa ha dejado de ser influyente. Creo que entre todos debemos hacer el esfuerzo de no entrar en la pereza mental de hablar de lo que nos dicen que hay que hablar. Y uno de los problemas que no se explican son las situaciones que viven algunas sociedades, de forma que las organizaciones se convierten en agencias de noticias sociales, con el peligro de llegar a parecer una campaña promocional de su marca. Hay que ser siempre transparente. Todo debe estar expuesto a la crítica, eso siempre es bueno. Quitar el maquillaje a la vida es una función social.

En general, tu obra tiene un regusto melancólico. En cierto sentido, parece marcada por el pasado. ¿Crees en el futuro, en la posibilidad de cambio?

Yo soy un optimista bien informado. Aunque muchos creen que eso es un pesimista. Quizá es que cuando era niño fui expuesto a una situación familiar muy trágica, muy dramática. Eso te hace más duro, más resistente a las desgracias. A la vez, algo así, a una edad tan temprana, te hace muy consciente de en qué consiste el juego de la vida. Sabes muy pronto que lo que está ahí puede no estar mañana. Eso fue para mí una sorpresa brutal, que no ha dejado de acompañarme desde entonces. Y es esa idea la que me produce cierta melancolía: el saber que el disfrute de hoy puede no estar mañana. A partir de ahí, creo que conocer las dimensiones de la vida, su fragilidad, no me hace más pesimista. Creo que me ha hecho una persona que disfruta más, que se lo pasa bien, que trata de no perder demasiado el tiempo con cosas como la vanidad y la ambición. Pero, obviamente, dentro de ti va el conocimiento de que tenemos un planteamiento, un nudo y un desenlace. Y que por muy interesante que sea tu planteamiento o muy apasionante que sea tu nudo, no te salva nadie del desenlace.

Creo, en definitiva, que los humanos no nos damos cuenta del mérito que tenemos: que conociendo exactamente la historia en la que estamos, somos capaces de olvidarla y todavía emocionarnos, ilusionarnos, enamorarlos, creer en los demás.

Más información sobre *Positive Generation* en: <http://www.msf.es/positivegeneration/proyecto>